

Los movimientos estudiantiles desde la historia: un modelo de interpretación de alcance latinoamericano

Resumen: El artículo propone comprender los movimientos estudiantiles latinoamericanos en tanto fenómeno social. Modelo donde se identifican los procesos sociohistóricos que condicionan a los movimientos estudiantiles, las problemáticas que se encuentran en su base y sus rasgos más característicos. El modelo permite, en lo fundamental, comprender que existe una estrecha relación entre los procesos que dan su sello a la época contemporánea de América Latina, la expansión de la matrícula universitaria y los movimientos estudiantiles.

Palabras clave: movimientos estudiantiles, Latinoamérica, modelo de interpretación, perspectiva sociohistórica.

Os movimentos estudantis a partir da história: um modelo de interpretação de abrangência latino-americana

Resumo: O artigo propõe compreender os movimentos estudantis latinoamericanos como fenômeno social. No modelo se identificam os processos sócio-históricos que condicionam os movimentos estudantis, os problemas que estão na sua base e os seus traços mais característicos. O modelo permite, fundamentalmente, compreender que existe uma estreita relação entre os processos mais marcantes da contemporaneidade latino-americana, o aumento no número de estudantes nas universidades e os movimentos estudantis.

Palavras-chave: Movimentos Estudantis; América Latina; Modelo de Interpretação; Perspectiva Sócio-histórica.

An Historical Approach to the Student Movements: An Interpretative Model of Latin American Scope

Abstract: The article proposes to understand the Latin American student movements as a social phenomenon. The model identifies the sociohistorical processes that condition student movements, the problems that underlie their emergence, and their most characteristic features. The principal contribution of this model is the understanding that a close relationship exists between the processes that stamp the contemporary age in Latin America, the expansion of university enrollment, and student movements.

Keywords: student mobilizations; Latin America; interpretation model; socio-historical perspective.

Cómo citar este artículo: Andrés Donoso Romo, "Los movimientos estudiantiles desde la historia: un modelo de interpretación de alcance latinoamericano", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 24 [2024]: 306-329.

DOI: 10.17533/udea.trahs.n24a14



Fecha de recepción: 18 de agosto de 2023

Fecha de aprobación: 04 de diciembre de 2023

Andrés Donoso Romo: Doctor en Integración de América Latina, Universidad de São Paulo. Profesor asistente en el Instituto de Estudios Avanzados en Educación de la Universidad de Chile.

Correo electrónico: andres.donosoro@ie.uchile.cl

 <https://orcid.org/0000-0001-9712-877X>

Los movimientos estudiantiles desde la historia: un modelo de interpretación de alcance latinoamericano★

Andrés Donoso Romo

Introducción

Pese a que gran parte de la población latinoamericana ha vivido con mayor o menor grado de proximidad algún movimiento estudiantil, y aun cuando hay incontables investigaciones que los han examinado, tener una idea global o general de ellos no es una tarea sencilla. Esto se debe, probablemente, a dos razones. Primero, a que comprenderlos no es algo que se desprenda automáticamente de la experiencia, lo que tiene relación con las grandes dimensiones que estos fenómenos llegan a alcanzar. Segundo, a que el conocimiento disponible, el que se ha generado desde la historia, la sociología y otras disciplinas afines, ha tendido a concentrarse en casos aislados y, muchas veces, solo en un hito o dimensión del mismo.¹ Por esto es que hoy, en lo que a movimientos estudiantiles se refiere, se sabe mucho más del árbol (lo visible, lo tangible), que del bosque, es decir, de los movimientos estudiantiles en cuanto fenómeno social.

Con base en este diagnóstico, el artículo propone una mirada de conjunto sobre los movimientos estudiantiles en América Latina a partir de la comprensión de los procesos y las problemáticas que están en su base. Un modelo que pueda, en lo medular, proponer respuestas a preguntas como, por ejemplo: ¿Cuándo surgen

★ Se agradece el financiamiento del Proyecto ANID/FONDECYT, Concurso Regular, N° 1180506 y del Proyecto Basal FB0003 del Programa de Investigación Asociativa de ANID.

1. Véase, por ejemplo, Álvaro Acevedo Tarazona y Gabriel Samacá, “El movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental”, *Historia y Memoria* 3 (2011): 47; Andrés Donoso Romo, “Movimientos estudiantiles en América Latina: bases para una aproximación sociohistórica”, *Perfiles Latinoamericanos* 60.30 (2022): 4-5; Lorenzo Cini y otros, “Student Movements in Late Neoliberalism”, *Student Movements in Late Neoliberalism*, eds. Lorenzo Cini y otros (Cham: Palgrave Macmillan, 2021) 2-3; Jungyun Gil y James DeFronzo, “A Comparative Framework for the Analysis of International Student Movements”, *Social Movement Studies* 8.3 (2009): 203; e Imanol Ordorika, “Student Movements and Politics in Latin America”, *Higher Education* 83 (2022): 298.

los movimientos estudiantiles? ¿Cuáles son las razones que movilizan a sus manifestantes? ¿Por qué ciertos rasgos de los movimientos se repiten? Asimismo, con el objeto de minimizar el riesgo de malentendidos, se subraya que el foco del trabajo no está en las particularidades que posee todo movimiento estudiantil, ni tampoco en las posibles variaciones que a lo largo del tiempo podría haber presentado este fenómeno o que podría evidenciar en el futuro. Dichos aspectos son sin duda relevantes, pero, debido a la vocación “esquemática” que posee este trabajo, no fue posible abordarlos. Lo que sí se encuentra en estas páginas, en cambio, es un modelo de interpretación de base histórica que, sin aspirar a ser la última palabra, ayuda a entender por qué ocurren los movimientos estudiantiles en América Latina y por qué han sucedido desde hace más de cien años.

El modelo que se presenta forma parte de los resultados de una investigación sociohistórica, en los términos que proponen Breno Bringel y José Mauricio Domingues,² que descansó en el análisis exhaustivo de cuatro movimientos estudiantiles: el argentino de 1918, el brasileño de 1968, el mexicano de 1968 y el chileno de 2011. Estos casos fueron escogidos por las grandes dimensiones que alcanzaron y por haber sido muy bien estudiados. Una cualidad, esta última, que resulta fundamental en la medida que viabiliza los análisis comparados que dan cuerpo a la mirada latinoamericana por detrás del artículo. El estudio, como un todo, se valió de una metodología histórica y cualitativa que tomó forma en diversas técnicas: a) la revisión de las principales fuentes primarias, es decir, de los volantes, petitorios, manifiestos u otras creaciones hechas al calor de las movilizaciones; b) la revisión de las fuentes secundarias más autorizadas, a saber, aquellas que expresan los resultados de estudios sistemáticos en forma de artículos, tesis, libros u otros; c) la realización de entrevistas semiestructuradas a especialistas provenientes de la historia y la sociología; d) el análisis de contenido del conjunto de informaciones e interpretaciones recabadas. La riqueza de los resultados obtenidos ha dado pie a una serie de artículos, algunos de los cuales caracterizan a estos cuatro movimientos estudiantiles en su contexto histórico, mientras que otros identifican sus principales puntos en común, una parte se focaliza en las entrevistas realizadas y otra parte profundiza en temáticas más acotadas, como la mirada política que estuvo detrás de estos movimientos o sus logros más trascendentes. En este artículo, en cambio, no se aborda ninguna de estas materias. Se presenta, más bien, un modelo de interpretación que se apoya en los trabajos precedentes para proponer respuestas a preguntas más abarcadoras del tipo cuándo, cómo y por qué surgen estos fenómenos, asuntos que se abordan, básicamente, a partir de fuentes secundarias.

Por la naturaleza de esta investigación, durante su ejecución se tuvieron dos grandes precauciones. La primera fue atender las sugerencias de textos y claves de lectura entregadas por el conjunto de especialistas entrevistados, para no desorientarse en medio de la gran cantidad de fuentes disponibles. La segunda fue

2. Breno Bringel y José Mauricio Domingues, “Teoría Social, extroversión y autonomía”, *Prácticas de Oficio* 19 (2017): 31-33.

no circunscribir la pesquisa a los marcos historiográficos nacionales ni limitar sus análisis a un único enfoque teórico, para recoger los aportes que entregan diversos estudios más allá de su encuadre. En otras palabras, aun cuando aquí se confía en una matriz sociohistórica para aproximarse al fenómeno, también se incorporan contribuciones ancladas en perspectivas funcionalistas —como la teoría de la movilización de recursos o de las contiendas políticas—, más aún cuando ellas cuentan con una mirada histórica consistente.

Conforme a lo anterior, el modelo que se expone en estas páginas posee cualidades que le otorgan un sello particular: se despliega a partir de una amplia base historiográfica sobre los movimientos estudiantiles en América Latina, se apoya en el conocimiento de quienes más han reflexionado sobre ellos, aprovecha los abundantes acercamientos parciales para proponer una visión de conjunto y aspira a dialogar con toda persona interesada en las grandes preguntas detrás de este fenómeno. Como todo modelo, mientras su fortaleza radica en la capacidad de representar las principales coordenadas de una materia compleja, su debilidad estriba en que la profundidad que alcanzan los análisis de sus componentes no siempre es la ideal.

Para favorecer la inteligibilidad del modelo, sus componentes se agruparon en tres secciones: bases, fondo y forma. En consecuencia, primero se exponen los cimientos sociohistóricos que encuadran a los movimientos estudiantiles en América Latina, luego se presentan las razones profundas que impulsan a las personas a protestar y después se identifican algunas de las claves formales más características de este tipo de fenómenos. En la última parte, las conclusiones, se retoman los principales elementos desplegados en las secciones precedentes para responder las grandes preguntas que dan sentido al artículo, entre ellas: ¿Qué son los movimientos estudiantiles? ¿Cuándo surgen? ¿Por qué irrumpen? Estas preguntas se abordan con un pie en la historia de América Latina y con otro en los principales aportes de sus ciencias sociales, es decir, con una mirada transdisciplinaria. Cada sección se acompaña de una figura donde se sintetizan los puntos más sobresalientes del recorrido argumental y se informa qué parte del modelo se expone.

1. Bases sociohistóricas para comprender a los movimientos estudiantiles

En la base del modelo se encuentra la comprensión de que los movimientos estudiantiles, como todo movimiento social, están íntimamente relacionados con algunos conflictos propios de la época contemporánea —entendiendo, como lo hacen Pablo González Casanova, Roberto Fernández Retamar y Thomas Skidmore junto a Peter Smith, que la época contemporánea de América Latina comienza a verificarse a partir de fines del siglo XIX—. ³ Esto significa que los movimientos se

3. Véase Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación: una introducción a la historia contemporánea de América Latina* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1985) 11; Roberto Fernández Retamar, *Pensamiento de Nuestra América* (Buenos Aires: CLACSO, 2006) 39; Thomas Skidmore y Peter Smith, *Historia contemporánea de América Latina* (Barcelona: Crítica, 1996) 53.

entienden, en lo medular, como señales de crisis que aparecen cuando las dificultades o tensiones incrustadas en el seno de las sociedades actuales se tornan intolerables.⁴ Por ser la expresión de conflictos, los movimientos poseen una vocación de crítica, queja o descontento mucho más desarrollada que su dimensión propositiva. Lo cual no impide que se reconozca que detrás de todo movimiento —de sus demandas o del actuar de sus manifestantes— existen sugerencias, caminos alternativos o lineamientos para resolver los conflictos, ni impide que se admita que ellos también puedan tener momentos agradables, emotivos o, inclusive, festivos.⁵ Sin embargo, lo trascendente para este modelo es comprender que lo propio de este fenómeno social es el conflicto y, con él, el amplio campo semántico que lo rodea, el cual incluye nociones como tensión, lucha y violencia. Es por esto que en este tipo de fenómenos los enfrentamientos discursivos entre estudiantes y oponentes son una constante, así como también lo son las acciones disruptivas desplegadas por manifestantes y las acciones represivas promovidas por sus antagonistas.

Que los movimientos estudiantiles expresen conflictos propios de la contemporaneidad significa, a su vez, que este tipo de fenómenos no existía en las sociedades de épocas precedentes. Para sopesar mejor esta idea es necesaria una breve precisión conceptual: no es lo mismo una “protesta”, es decir, un tipo de acción colectiva presente en toda agrupación humana, que un “movimiento social”, a saber, un fenómeno que solo aparece en las sociedades contemporáneas. Como enseña Charles Tilly, mientras la protesta es fruto de un descontento puntual frente a una situación comprendida como injusta o perjudicial, el movimiento social es más bien un conjunto de protestas, sostenido en el tiempo, que condena una realidad entendida como adversa o dañina.⁶ Por esto es que mientras las protestas estudiantiles, como muestra el trabajo de Mark Edelman Boren, pueden rastrearse hasta los albores mismos de la universidad —en el siglo XII para el caso europeo y en el siglo XVI para el latinoamericano—,⁷ los movimientos estudiantiles solo se dan en esa universidad que comienza a emerger a fines del siglo XVIII para el caso de las sociedades europeas y a fines del siglo XIX para el de las latinoamericanas,⁸

-
4. Paul Almeida, *Social Movements: The Structure of Collective Mobilization* (Oakland: University of California Press, 2019) 8.
 5. Interpretaciones elaboradas con base, principalmente, en Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (Ciudad de México: El Colegio de México, 1999) 11, 164 y 165; y James Jasper, *Protest: A Cultural Introduction to Social Movements* (Cambridge: Polity Press, 2014) 79-81.
 6. Charles Tilly y Lesley Wood, *Los movimientos sociales 1768-2008: desde sus orígenes a Facebook* (Barcelona: Crítica, 2010) 27 y 253. Véase también Angela Alonso, “As teorías dos movimentos sociais”, *Lua Nova* 76 (2009): 57-58; Craig Calhoun, *The Roots of Radicalism: Tradition, the Public Sphere, and Early Nineteenth-Century Social Movements* (Chicago: University of Chicago Press, 2012) 43; y Pablo Toro Blanco, “Social Movements and Pedagogical Renewal in the Twentieth Century”, *Espacio, Tiempo y Educación* 8.2 (2021): 2.
 7. Mark Edelman Boren, *Student Resistance: A History of the Unruly Subject* (Nueva York: Routledge, 2001) 19.
 8. Indira Palacios-Valladares, “Southern Cone Student Movements and Capitalist Development in the Late 1800s and Early 1900s”, *Esboços* 29.51 (2022): 215.

es decir, cuando comienzan a expresarse los rasgos distintivos de las sociedades contemporáneas. ¿Cuáles son los cambios que empiezan a ocurrir en la sociedad y en la universidad que se deben atender para comprender la emergencia de esta nueva manera de encarar los conflictos? Para responder esta interrogante la atención se centra en lo que ha sido la realidad latinoamericana.

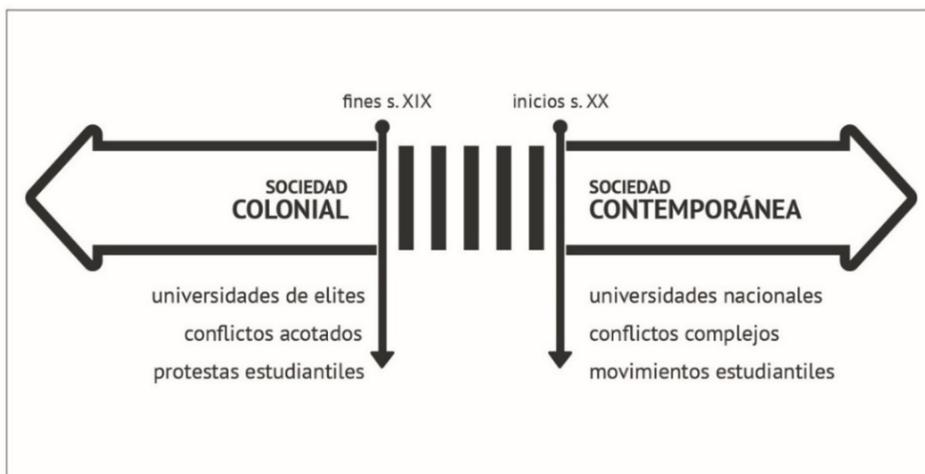
Se asume que, desde fines del siglo XIX, las sociedades de América Latina comenzaron a cambiar de la mano de tres grandes procesos: industrialización, urbanización y secularización.⁹ Dichos procesos fueron relevantes porque, en un nivel micro, impactaron en las formas de vivir y de trabajar de la población y, en un nivel macro, trastocaron íntegramente el ordenamiento social (incluida la forma en que se enfrentan los conflictos). Es gracias a estos procesos, por ejemplo, que las sociedades latinoamericanas comenzaron a estructurarse en sectores sociales, y no en estamentos como antaño, lo que implica que es con ellos que aparecen esos sectores medios que dan vida a los movimientos estudiantiles.¹⁰ Es debido a estos procesos, igualmente, que irrumpen diversas problemáticas asociadas a las precarias condiciones de vida de los sectores populares, es decir, la “cuestión social” como se le conoce en muchas sociedades de la región. Problemáticas que una parte importante de la población, también del estudiantado universitario, comienza a entender como desafíos a resolver y no, como ocurría en épocas precedentes, como asuntos divinos, naturales o inmutables.¹¹ Es por causa de estos procesos, asimismo, que se viene consolidando esa gran estructura político-administrativa que coordina a los diferentes sectores sociales y, sobre todo, resuelve los conflictos: el Estado-nación.¹² Un elemento, este último elemento, cardinal para el modelo de interpretación porque ha estado invariablemente presente en los movimientos estudiantiles como árbitro, aliado o, la mayoría de las veces, como antagonista. Aunque aquí no se pueda exponer la lógica mediante la cual se entrelazan estos procesos distintivos de las sociedades contemporáneas, porque desviaría demasiado la atención, sí se subraya que, en lo fundamental, ellos hacen que cambie la dimensión espacio-temporal de los conflictos al tornarlos más complejos que en configuraciones sociales anteriores.¹³ Estas transformaciones inciden en la aparición de nuevos mecanismos de visibilización/resolución de los mismos y provocan que la antigua protesta siga existiendo en la actualidad, pero ahora no

-
9. Lógica interpretativa extraída de Donatella Della Porta y Mario Diani, *Los movimientos sociales* (Madrid: Universidad Complutense, 2015) 289; y de Andrés Donoso Romo, *Education in Revolutionary Struggles* (New York: Routledge, 2021) 7-19.
 10. Breno Bringel, “O futuro anterior: continuidades e rupturas nos movimentos estudantis do Brasil”, *ECCOS – Revista Científica* 111 (2009): 103.
 11. Patricia Funes, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina* (México: El Colegio de México, 2014) 37 y ss.
 12. Diane Davis, “The Power of Distance: Re-theorizing Social Movements in Latin America”, *Theory and Society* 28.4 (1999) 624-625.
 13. Melucci 20; Jasper 65; y Sidney Tarrow, *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (Madrid: Alianza, 1997) 89-114.

solo se presente de manera aislada o desarticulada, sino que lo haga también como parte constitutiva de los movimientos sociales. Para reforzar esta última idea, se subraya que, así como no hay movimientos sociales antes de los inicios de la industrialización, urbanización y secularización de la sociedad, no hay movimientos estudiantiles sin sectores medios, sin cuestión social y sin Estado-nación. Todo lo anterior, permite aseverar que los movimientos estudiantiles son un fenómeno eminentemente contemporáneo.

En el plano educacional, la industrialización, urbanización y secularización desencadenaron varios cambios que redundaron en una valoración creciente del conocimiento escolar —como la lectoescritura y las matemáticas básicas— en todos los sectores sociales.¹⁴ Por esto, si en la sociedad colonial la educación solo era relevante para los estratos administrativos y dirigentes, independientemente de que algunos de sus miembros promovieran —sin mucho éxito— la extensión de la educación a otros estamentos de la población, es solo desde fines del siglo XIX, producto de la puesta en marcha de los tres grandes procesos reseñados, que los diferentes sectores de la población, también los populares, comienzan a valorar positivamente a la enseñanza sistemática.¹⁵ Se entiende, por tanto, que fue esta confluencia de juicios favorables sobre la educación la que posibilitó un crecimiento sostenido de la matrícula en todo el sistema educacional. Siendo este incremento, particularmente el del estudiantado universitario, el que se ubica en el origen de los movimientos estudiantiles (Figura 1).

Figura 1. Los movimientos estudiantiles como fenómeno contemporáneo.



Fuente: elaboración propia conforme a argumentación desarrollada en el artículo.

14. Al respecto véase, entre otros textos, Otáiza de Oliveira Romanelli, *História da educação no Brasil (1930-1973)* (Petrópolis: Vozes, 1985) 46-70; y Marília Pontes Sposito, *A ilusão fecunda* (São Paulo: Editora Hucitec, 2010) 365-367.

15. Donoso Romo, *Education* 33-44.

Conforme a lo expuesto, los movimientos estudiantiles en América Latina expresan algunas tensiones propias de la época contemporánea y toman forma en un conjunto de protestas levantadas por una parte de los sectores medios de la población para denunciar, entre otros asuntos, problemáticas asociadas a la “cuestión social”. Son movimientos que responden, fundamentalmente, a la importancia creciente que empieza a adquirir la educación para el conjunto de la población y, más específicamente, a la enorme presión que experimentan las universidades para responder a las crecientes expectativas que sobre ellas recaen. Sobre este último punto trata, en profundidad, el próximo apartado.

2. Razones detrás de los movimientos estudiantiles

Conforme enseñan especialistas como Fernando Calderón y Maria da Glória Gohn, una cualidad inherente a los movimientos sociales es que aglutinan a diversos actores y grupos de la población.¹⁶ Los movimientos estudiantiles, en particular, reúnen a aquellos que se vinculan al mundo educacional, como es el caso del estudiantado secundario, del profesorado de los diferentes niveles del sistema escolar o de la intelectualidad.¹⁷ Pese a esta disímil conformación social, el gran protagonista de los movimientos estudiantiles, quien los dirige y sostiene, es el estudiantado universitario. Cierto es que han existido movimientos liderados por estudiantes de establecimientos secundarios, como el de Chile en 2006 o el de Brasil en 2016, pero estos se asumen más bien como excepciones. La mayoría de los grandes movimientos estudiantiles, se insiste, ha estado protagonizado por estudiantes del nivel superior. Por esto es que para comprender adecuadamente a estos movimientos debe ponerse atención en los cambios que, desde los inicios de la época contemporánea, experimenta el estudiantado universitario.

En línea con la tendencia al crecimiento sostenido que han experimentado los sistemas educacionales latinoamericanos desde los inicios de la época contemporánea, desde fines del siglo XIX se aprecia que el estudiantado universitario aumenta paulatinamente,¹⁸ un crecimiento que ha sido relevante tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo. En lo cuantitativo, ha significado un incremento sostenido en la cantidad de estudiantes y en su proporción con respecto a la población en edad de estudiar. En lo cualitativo, se expresa en que si antes, en la universidad

16. Fernando Calderón, *La construcción social de los derechos y la cuestión del desarrollo* (Buenos Aires: CLACSO, 2017) 851; y Maria da Glória Gohn, “Sociologia dos movimentos sociais”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 36.1 (2011) 200-201.

17. José Auth y Federico Joannon, “El movimiento estudiantil”, *El movimiento estudiantil*, eds. Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez (Santiago: Ediciones Sur, 1985) 43; Denisse Cejudo, “Para analizar los movimientos estudiantiles”, *Conjeturas Sociológicas* 20.2 (2019): 146; y Andrés Donoso Romo, “La mirada social presente en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: ensayo de aproximación sociohistórica”, *Ayer: Revista de Historia Contemporánea* 129.1 (2023): 334-335.

18. Véase Enrique González, *El poder de las letras: por una historia social de las universidades de la América hispana en el periodo colonial* (Puebla: BUAP, 2017) 305; y José Joaquín Brunner, *Universidad y sociedad en América Latina* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 2007) 28.

colonial, la extracción social del estudiantado se limitaba casi exclusivamente a los estratos dirigentes, desde los inicios de la época contemporánea la universidad también empieza a acoger a parcelas cada vez más significativas de los sectores medios y populares —aunque estos últimos en mucho menor medida—. ¹⁹

El patrón que ha seguido esta expansión de la matrícula en la universidad latinoamericana ha sido similar. Una vez que la juventud de los sectores más acomodados ha ingresado a las casas de estudios superiores prácticamente en su totalidad, también lo comienzan a hacer quienes poseen una capacidad económica un poco más restringida. ²⁰ Consecuentemente, una vez que estos últimos han entrado casi por completo a la universidad, también se empiezan a incorporar quienes tienen una situación económica comparativamente más desmedrada. Esto significa, en concreto, que a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX empiezan a incorporarse a la universidad —con diferente ritmo e intensidad conforme cada sociedad— aquellos sectores medios más cercanos a las élites. Esta aseveración es refrendada por especialistas como Osvaldo Graciano y Renate Marsiske y se evidencia en detalles como, por ejemplo, las fotografías de los estudiantes que dieron vida a los movimientos de Argentina y México en 1918 y 1929, respectivamente. ²¹ En línea con el paulatino ensanchamiento de los sectores medios de las sociedades de la región, se observa que, con el paso de las décadas, también empiezan a ingresar a la universidad estudiantes provenientes de los sectores “medios-medios” de la población, aquellos que pertenecen al cuarto y al tercer quintil (siendo el quinto quintil el más adinerado). Tal fenómeno tiene correlato, a su vez, en la proliferación que hacia mediados del siglo XX comienzan a experimentar las universidades técnicas como el Instituto Politécnico Nacional (México, 1936), la Universidad Técnica del Estado (Chile, 1947) o la Universidad Obrera Nacional (Argentina, 1948). Actualmente, en las primeras décadas del siglo XXI, es posible advertir cómo este patrón de ingreso sigue vigente en la medida que también comienzan a entrar a la universidad aquellos sectores medios de la población más

19. Renate Marsiske, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México, 1918-1929* (Ciudad de México: CESU/UNAM, 1989); Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1978) 11.

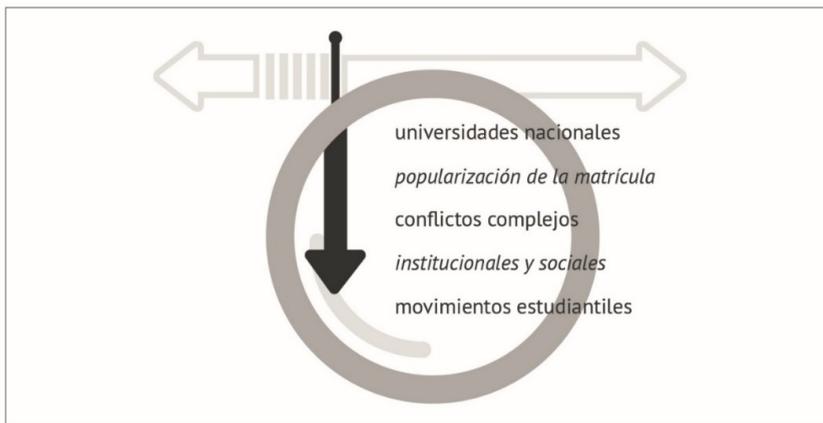
20. Interpretación construida con base, entre otras fuentes, en José Joaquín Brunner, “Medio siglo de transformaciones de la educación superior chilena”, *La educación superior en Chile*, ed. Andrés Bernasconi (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2015) 44-45.

21. Entre la literatura especializada revisar Osvaldo Graciano, *Entre la torre de marfil y el compromiso político: intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955* (Bernal: Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2008) 41; y Renate Marsiske, “Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1900-1930)”, *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina I*, ed. Renate Marsiske (Ciudad de México CESU/UNAM, 1999) 145-146. Las fotografías, en tanto, se pueden revisar en Ricardo Braginski, “A un siglo de la Reforma Universitaria de 1918: así fue y las imágenes menos conocidas”, *Clarín*, 13 de junio de 2018). https://www.clarin.com/sociedad/reforma-universitaria-1918-imagenes-conocidas_0_SkVYoekbX.html; Gaceta UNAM, “1929: Autonomía, ya”, *Gaceta UNAM*, 22 de julio de 2019). <https://www.gaceta.unam.mx/index/wp-content/uploads/2019/07/suplemento-autonomia-13.pdf>.

próximos a los sectores populares, aspecto verificable en países que, como Chile o Argentina, han alcanzado una mayor tasa de cobertura en la educación superior.²²

Es importante destacar también que este particular patrón en el crecimiento de la matrícula ha hecho que las universidades deban lidiar en su interior con la constante incorporación de estudiantes provenientes de una extracción social comparativamente más desmejorada que la media del universo estudiantil y, por lo tanto, con un estudiantado que requiere de un apoyo económico cada vez más robusto. Este escenario, de por sí desafiante, se complejiza todavía más si se repara en la endémica estrechez de recursos que afecta a la universidad latinoamericana. De hecho, se asume que es esta “popularización” del estudiantado universitario la que se encuentra detrás de los principales conflictos al interior de las universidades y, por lo mismo, sería el antecedente clave para comprender las razones que están en la base de los movimientos estudiantiles. Dicho razonamiento se refuerza al advertir que antes de cada uno de los movimientos examinados existió un aumento explosivo de la matrícula universitaria, es decir, una acentuada “popularización” de la misma. Pablo Buchbinder confirma este aumento en el caso del movimiento argentino de 1918, Rodrigo Motta en el del brasileño de 1968, Rodolfo Tuirán y Susana Quintanilla en el mexicano de 1968 y José Salazar junto a Peodair Leihy en el chileno de 2011.²³ Dos son los tipos de tensiones que ha traído consigo esta “popularización”: las institucionales y las sociales (Figura 2). Sobre ellas se concentran los análisis sucesivos.

Figura 2. Razones por detrás de los movimientos estudiantiles.



Fuente: elaboración propia conforme a argumentación desarrollada en el artículo.

22. Ana García de Fanelli, *Panorama de la educación superior en Iberoamérica* (Red índices/OEI, 2018) 20.

23. Véase Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana, 2010) 63, 75 y 118; Rodrigo Patto Sá Motta, *As universidades e o regime militar* (Rio de Janeiro: Zahar, 2014) 248–249; Rodolfo Tuirán y Susana Quintanilla, *90 años de educación en México* (Ciudad de México: FCE/SEP, 2012) 47–65; José Salazar y Peodair Leihy, “El largo viaje: los esquemas de coordinación de la educación superior chilena en perspectiva”, *Archivos Analíticos de Políticas Públicas* 25.4 (2017) 6–7.

En cuanto a las tensiones institucionales, una de las principales fuentes de conflicto en la universidad latinoamericana contemporánea se relaciona con la prontitud y la pertinencia de las respuestas que dan las casas de estudios superiores al constante aumento en la escala de su funcionamiento. No es lo mismo una universidad con doscientos estudiantes, como lo era la Universidad Nacional de Córdoba a fines del siglo XIX, que una con dos mil, como lo era esa misma universidad a principios de la década de 1920.²⁴ Esto porque no basta con multiplicar por diez todos los recursos necesarios para asegurar su buen funcionamiento —un aspecto que, como se adelantó, es problemático en virtud de los escasos recursos disponibles—, sino que también se hace necesario repensar las estructuras universitarias con el objeto de atender los desafíos propios del crecimiento institucional.²⁵ Estos desajustes se expresan en insuficiencias en la infraestructura para educar adecuadamente a un estudiantado en constante crecimiento, en dificultades en los mecanismos de ingreso-permanencia-egreso de la universidad y en deficiencias en las políticas de alimentación, salud o residencia estudiantil. Los cuatro grandes movimientos estudiantiles analizados han tenido alguna de estas dificultades “institucionales” como telón de fondo. En este sentido, no es casualidad que el primer gran movimiento latinoamericano, el argentino de 1918, se conozca más ampliamente como la Reforma Universitaria, así como tampoco es por azar que los cuatro movimientos estudiados hayan sido sucedidos por profundas reformas en la educación superior. Pablo Buchbinder da cuenta de estas reformas para el caso del movimiento argentino de 1918, Luiz Antonio Cunha para el del brasileño de 1968, René Rivas Ontiveros para el mexicano de 1968 y Óscar Espinoza junto a Luis Eduardo González para el chileno de 2011.²⁶

En relación con las tensiones sociales, otra de las principales fuentes de problemas en el campo universitario latinoamericano tiene que ver con que el incremento del estudiantado se traduce en que nuevas visiones sobre la universidad y la sociedad, no siempre fáciles de armonizar, se empiezan a hacer presentes en el seno de la institución. Para aprehender esta idea, se debe reparar en que no es lo mismo una universidad colonial, compuesta por estudiantes que provienen de la élite y que, consecuentemente, se preocupa por los asuntos que conciernen a esta restringida parcela de la sociedad, que la universidad contemporánea,

24. Buchbinder 63, 75 y 118.

25. Renate Marsiske en Andrés Donoso Romo, “A cien años del movimiento estudiantil argentino de 1918: conversación con Renate Marsiske”, *Revista Faro* 28.2 (2018): 53.

26. Véase Buchbinder 116–131; Luiz Antônio Cunha, *A universidade reformada: o golpe de 1964 e a modernização do ensino superior* (Rio de Janeiro: Francisco Alves Editora, 1988) 266–267; René Rivas Ontiveros, *La izquierda estudiantil en la UNAM: organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)* (México: Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2007) 648–649; y Óscar Espinoza y Luis Eduardo González, “La educación superior en Chile y la compleja transición desde el régimen de autofinanciamiento hacia el régimen de gratuidad”, *Revista Latinoamericana de Educación Comparada* 7.10 (2017) 47.

donde conviven, bajo un horizonte nacional, diversos sectores sociales.²⁷ Es en este tránsito, en este pasar de una universidad para grupos privilegiados a una en constante diversificación, donde parecen ubicarse algunas de las fuentes de tensiones más significativas de la universidad contemporánea. Esto es lo que explica que en los grandes movimientos estudiantiles examinados esté presente, al menos en una parte de sus manifestantes, la intención de despojar a la universidad de su sesgo elitista para alinearla, más frontalmente, con la resolución de los problemas nacionales.²⁸ Es por esto que en muchos de ellos, como ocurrió en el movimiento estudiantil que irrumpió en Perú en 1919, cursos y docentes fueron cuestionados por ser considerados conservadores.²⁹ También es debido a ello que en varios movimientos, como aconteció en el argentino de 1918, se propusieron canales más eficientes para acercar la universidad a la sociedad (aquellos conocidos como educación popular o extensión universitaria).³⁰ Y responde a esto, igualmente, que en prácticamente todos los movimientos se demandaron medidas de apoyo para que las carencias materiales del estudiantado no afectaran sus estudios, como lo hizo la juventud brasileña y argentina en la década de 1960, al exigir mejores comedores estudiantiles,³¹ o como lo hicieron la chilena y colombiana en la década pasada al reivindicar un mayor protagonismo estatal en el financiamiento universitario.³²

En los movimientos estudiantiles latinoamericanos, ambas fuentes de tensiones, las institucionales y las sociales, han operado simultáneamente y muchas veces de manera indisociable.³³ Lo anterior significa, más puntualmente, que en todo movimiento ha existido una mirada hacia adentro de la universidad, que critica

27. Marsiske, *Movimientos* 11.

28. Andrés Donoso Romo, “Movimientos estudiantiles en América Latina (1918–2011): aproximación historiográfica a sus rasgos compartidos”, *Revista Brasileira de História* 40.83 (2020): 248–249; Portantiero 13.

29. José Carlos Mariátegui, “La universidad en el Perú”, *La Reforma Universitaria*, T. 2, ed. Gabriel Del Mazo (Lima: UNMSM, 1968) 45.

30. Pablo Buchbinder, *¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918* (Buenos Aires: Sudamericana, 2008) 126.

31. Véase, entre otros textos, Victoria Langland, *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil* (Durham: Duke University Press, 2013) 90; Mariano Millán y Juan Sebastián Califa, “Las luchas estudiantiles en Tucumán entre dos golpes de Estado, 1966–1976”, *Quinto Sol* 25.1 (2021): 15.

32. Véase, entre otros textos, Mauricio Archila, “El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica”, *OSAL* 31 (2012): 91; y Disi Pavlic, Rodolfo, “Sentenced to Debt: Explaining Student Mobilization in Chile”, *Latin American Research Review* 53.3 (2018): 452.

33. Interpretación elaborada con base en trabajos como los de José María Aranda, “El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales”, *Convergencia* 21.1(2000): 246; Germán Bidegain y Marisa Von Bülow, “Student Movements in Latin America”, *The Oxford Handbook of the Sociology of Latin America*, eds. Xóchitl Bada y Liliana Rivera-Sánchez (Oxford: Oxford University Press, 2020) 3; Bringel 104; Cejudo 142; Nicolás Dip, *Movimientos estudiantiles en América Latina: interrogantes para su historia, presente y futuro* (Buenos Aires: CLACSO/IEC-CONADU, 2023) 19; y Renate Marsiske, “Presentación” a *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina I* (Ciudad de México: CESU/UNAM, 1999) 15.

cómo ella ha venido encarando la “popularización” de su matrícula, y otra hacia afuera de la misma, que cuestiona el papel que ha desempeñado la institución en la resolución de los grandes problemas que afectan a la sociedad. Se agrega, además, que es precisamente esta doble dimensión de los movimientos estudiantiles la que los hace atractivos para esa parte de los sectores medios que, aun sin ser parte del alumnado, apoya o engrosa las movilizaciones.

Se debe puntualizar que, en ciertos contextos, cuando los movimientos son atacados frontalmente, las exigencias estudiantiles tienden a enfocarse en aspectos que no están directamente ligados a lo educacional o a la relación entre universidad y sociedad, sino en esa situación opresiva que les impide siquiera plantear sus reivindicaciones, tal como ocurrió en los movimientos marcadamente antiautoritarios de Brasil, México y Uruguay en 1968.³⁴ Sin embargo, que primen exigencias antiautoritarias, o que escapen de los ámbitos estrictamente educacionales, no significa que detrás de los movimientos no existan demandas estudiantiles, tampoco que las dificultades asociadas a la “popularización” de la matrícula universitaria no hayan contribuido a generar el clima de descontento que está en su trasfondo, ni que el estudiantado deje de ser el principal artífice de las movilizaciones. Significa, por un lado, que la injerencia de aspectos ajenos a la universidad también contribuye al desarrollo de los conflictos y, por otro lado, que a veces el estudiantado entiende que para resolver las exigencias de tipo educacional primero se deben remediar las trabas en el ordenamiento político, social o económico de la sociedad. Una aproximación, esta última, que desde Julio Antonio Mella, reconocido líder cubano de la década de 1920, tiene presencia en los movimientos estudiantiles latinoamericanos.³⁵

3. Algunas claves formales de la lucha estudiantil

El modelo de interpretación estaría incompleto si no se identifican algunos de los elementos formales más característicos de este tipo de fenómenos: el entramado organizacional que sostiene a los movimientos, las disputas libradas tanto en su interior como con sus antagonistas y el repertorio de protestas que en ellos se despliega. Estas claves, en diálogo con las bases sociohistóricas que soportan al modelo, ayudan a ilustrar cómo los movimientos encaran los conflictos que les dan origen. Sobre cada uno de estos elementos se entregan algunos antecedentes.

Las organizaciones y las dirigencias son aspectos medulares de todo movimiento estudiantil. En una relación no exenta de complejidades, la dirigencia conduce

34. Véase, por ejemplo, Eugenia Allier Montaño, “El movimiento estudiantil de 1968 en México”, *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968*, ed. Alberto del Castillo Troncoso (Ciudad de México: Instituto Mora, 2012) 14; Luís Antonio Groppo, *Una onda mundial de revolvas* (Piracicaba: Editora Unimep, 2005) 180; y Vania Markarian, *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat* (Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2012) 47.

35. Julio Antonio Mella, “¿Puede ser un hecho la reforma universitaria?”, *La reforma universitaria*, eds. Emir Sader y otros (Buenos Aires: CLACSO, 2008) 217.

al movimiento gracias al entramado organizacional desde donde ella obtiene su legitimidad.³⁶ Son ambos elementos, entramado organizacional y dirigencia, los más característicos al momento de distinguir un movimiento social de una protesta como tal, incluso de las versiones más masivas de las protestas, como son los “estallidos sociales”. Esto, debido a que solo el movimiento social posee una dirigencia capaz de encaminar las movilizaciones gracias, precisamente, a la mediación de la amplia red de organizaciones que la soporta.

Aunque las organizaciones de estudiantes no son propias de la época contemporánea, pues en la universidad colonial también se rastrean, son las transformaciones que desde fines del siglo XIX comienzan a afectar a la universidad latinoamericana, más aún las tensiones que ellas trajeron consigo, las que empujan al estudiantado a conformar redes colaborativas para encarar los apremios que les afectan.³⁷ Esto significa que, conforme el estudiantado ha ido aumentando en número y diversificando su matriz socioeconómica, han proliferado también distintos tipos de organizaciones —artísticas, deportivas, políticas u otras— que persiguen la satisfacción de las inquietudes compartidas por el estudiantado. Es en esta densa red de organizaciones que maduran los análisis que dan contenido a los movimientos estudiantiles, y es desde esta misma red que emergen las dirigencias que encabezan las movilizaciones.

Al interior del movimiento, en sus espacios deliberativos “presenciales”, como las asambleas, o “diferidos” como los medios escritos, la dirigencia, el personal colaborador y sus adherentes disputan todo lo que tiene que ver con los fines y los medios de la movilización.³⁸ Se discute, por ejemplo, qué demandas priorizar, qué medidas de presión utilizar, qué respuestas ofrecer a las reacciones de antagonistas y qué hacer para incrementar la solidaridad hacia el movimiento. Entre los dilemas que atraviesan estas deliberaciones se cuentan aquellos alusivos a determinar si restringir el movimiento a lo universitario o abrirlo a las problemáticas de otros sectores de la población, si aceptar los ofrecimientos que hace la contraparte o persistir en las movilizaciones, si promover ciertas expresiones de violencia estudiantil o condenarlas. Sobre esta última disyuntiva se agrega que, debido a que los movimientos estudiantiles expresan conflictos que el estudiantado decide visibilizar por canales no convencionales, todas las formas de protesta tienen en común la alteración de la cotidianidad de la población para obligar a las autoridades a reflexionar sobre las razones que subyacen al movimiento y, sobre

36 Interpretación basada, entre otros textos, en Renate Marsiske, “Antecedentes del movimiento estudiantil de 1929 en la Universidad de México”, *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina III*, ed. Renate Marsiske (Ciudad de México: CESU/UNAM, 2006) 144; Marisa Von Bülow, “The Survival of Leaders and Organizations in the Digital Age”, *Mobilization* 23.1 (2018) 48.

37 Auth y Joannon 41-42; Donoso Romo, “Movimientos estudiantiles latinoamericanos (1918-2011)” 245-246.

38. Marsiske en Donoso Romo, “A cien” 65.

todo, para empujarlas a solucionar los conflictos irresueltos.³⁹ Sin embargo, así como una manifestación poco disruptiva puede ser ineficaz en su propósito de impulsar a las autoridades a atender el problema, una protesta demasiado violenta también puede ser contraproducente al alejar a ciertos sectores del estudiantado o de sus aliados.

En todos los espacios de deliberación del movimiento, más allá de las discusiones sobre los dilemas aludidos, las diferentes facciones buscan imponer sus comprensiones sobre los aspectos problemáticos en la universidad, sobre la relación entre universidad-sociedad o sobre la sociedad propiamente tal. Esta dinámica se repite en las interacciones entre manifestantes y autoridades, pero persigue, en este caso, la aprobación de la ciudadanía.⁴⁰ Es por esto que lo primero que hace la juventud movilizadora es llamar la atención sobre un problema que no estaría siendo eficazmente abordado y, lo segundo, es exponer los criterios que justificarían el que deba atenderse de manera urgente. Como en un juego de espejos, el antagonista —las autoridades universitarias, subnacionales o nacionales, según sea la magnitud de las movilizaciones— intenta invisibilizar al movimiento y, por añadidura, a sus reivindicaciones.⁴¹

La forma que adquieren los movimientos estudiantiles, ese enjambre de protestas sostenidas en el tiempo por un denso entramado organizacional, tiene mucho que ver con la historia de este tipo de fenómenos. Esto, porque cuando estalla un conflicto el estudiantado no discute mayormente cómo hacer público su descontento, pues las medidas de presión que despliegan son similares a las utilizadas desde comienzos del siglo XX. Tales medidas, se puntualiza, no solamente se ocupan dentro del campo estudiantil, sino que también se emplean en otros movimientos sociales, como, por ejemplo, en los laborales, habitacionales y, más recientemente, medioambientales. A este conjunto de medidas disruptivas se le conoce como “repertorio de protestas”,⁴² idea de conjunto que no implica que en los movimientos no exista espacio para la creatividad, puesto que lo hay y se expresa en un amplio rango de posibilidades que va desde adaptar formas tradicionales de protesta hasta inventar otras formas de hacerlo.⁴³ Refiere, más puntualmente, a que existe un núcleo de formas de protestar que se reitera en los diversos movimientos estudiantiles. ¿Cuál es este núcleo que se repite en los grandes movimientos estudiantiles analizados? Los paros de actividades, las ocupaciones de establecimien-

39. Gabriela González Vaillant y Michael Schwartz, “Student Movement and the Power of Disruption”, *Partecipazione e Conflitto* 12.1 (2019): 135-137; Tarrow 22.

40. Jasper 10 y 24.

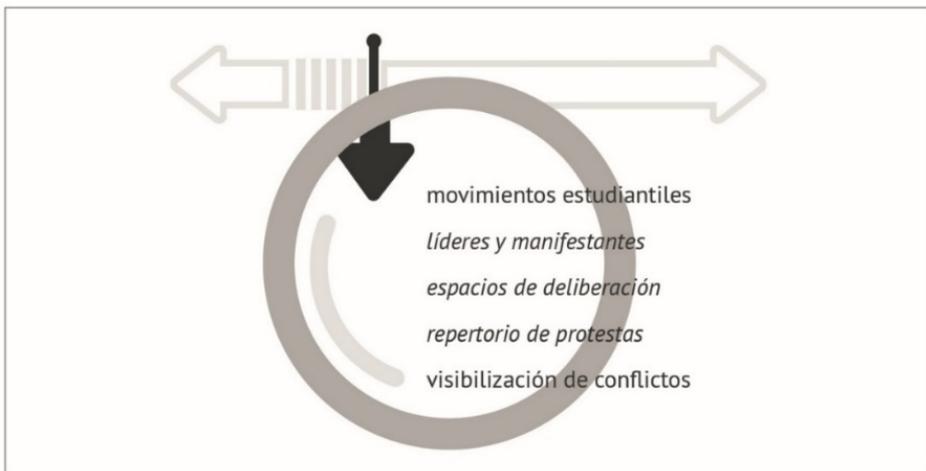
41. Philip Altbach, “Perspectives on Student Political Activism”, *Comparative Education* 25.1 (1989): 100-101.

42. Tarrow 51, 66 y 69; y Charles Tilly y Sidney Tarrow, *Contentious Politics* (Nueva York: Oxford University Press, 2015) 154.

43. Alonso 57; Geoffrey Pleyers, *Movimientos sociales en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO, 2018) 28; y Juan Sandoval, “El repertorio de acción política en el ciclo de movilizaciones estudiantiles chilenas”, *Revista de Estudios Sociales* 72 (2020): 95.

tos educacionales, las concentraciones masivas y las marchas multitudinarias. Esta última, probablemente, es la medida más disruptiva de todas y, por lo mismo, es la que se juzga más característica de este fenómeno.⁴⁴ Estas medidas han estado presentes desde los primeros grandes movimientos estudiantiles latinoamericanos, en una transversalidad que se explica en gran parte por la difusión que le han dado tanto los medios estudiantiles de comunicación como los medios masivos de alcance nacional e internacional. Estos últimos influyen también, pues al cubrir los conflictos, ilustran y difunden las diversas medidas de presión que en ellos se utilizan (Figura 3).⁴⁵

Figura 3. Los movimientos estudiantiles y las claves formales para visibilizar los conflictos.



Fuente: elaboración propia conforme a argumentación desarrollada en el artículo.

Cuando el impacto de las manifestaciones es tal que sus antagonistas no pueden obviarlas o invisibilizarlas, se les obliga a defender públicamente la idoneidad que tendría el ordenamiento vigente para atender las dificultades y, en algunos casos, se les insta a proponer medidas que incrementarían su eficiencia. En este estadio del conflicto, cuando la magnitud del movimiento hace que los problemas de fondo ingresen a la agenda pública, los bandos tienden a enfrascarse en diálogos “de sordos” que les impiden entender las razones o lógicas ajenas.⁴⁶ Es más, antes que un diálogo, lo que pareciera primar son las acusaciones cruzadas cargadas de expresiones descalificadoras, como, por ejemplo, que manifestantes o antagonistas serían infantiles, mentirosos o violentos. Acusaciones así, junto con la descalifica-

44. Donoso Romo, “Movimientos estudiantiles en América Latina (1918-2011)” 246.

45. Tarrow 102-112.

46. Interpretación construida con base, entre otros textos, en Della Porta y Diani 144.

ción del otro bando, procuran presentar a quien las profiere como la voz de la sensatez.⁴⁷ Por esto, pese a que manifestantes y antagonistas insistan en su disposición para resolver los conflictos de manera consensuada, todo parece indicar que lo que persiguen es obligar al otro bando a actuar como se desea. El estudiantado buscaría que la presión social fuerce a las autoridades a afrontar las situaciones denunciadas como problemáticas, mientras las autoridades perseguirían que el estudiantado se desgaste hasta desistir totalmente de sus movilizaciones.

¿Por qué si la mayoría de los actores involucrados en los conflictos estudiantiles dice valorar el diálogo, la historia muestra que ha sido difícil de implementar? ¿Por qué si se coincide en que la educación es fundamental y se identifican graves problemas en la universidad no se llega a un consenso sobre las vías para mejorarla? Sin pretender arribar a una respuesta taxativa, se aprecia que, para cualquier gobierno, independientemente de su orientación política, es problemático aceptar exigencias realizadas por vías disruptivas —sin importar su tenor—, pues buscan evitar que otros grupos utilicen estos mismos procedimientos para alcanzar sus objetivos. Pareciera entender que la suma de pequeños cambios obtenidos por fuera de los mecanismos regulares de resolución de conflictos podría, a mediano plazo, dar forma a un nuevo ordenamiento donde ellos, en cuanto sectores dirigentes, quizá no disfrutarían de una posición comparativamente tan ventajosa. A esto se suma que, así como para cualquier gobierno involucrarse en estos espacios de negociación es problemático, para el estudiantado también es difícil apostar por el diálogo, pues, como se expuso al inicio del artículo, lo que aglutina al grueso de manifestantes es la condena, la crítica o la negación, y no un diagnóstico común, no las propuestas.⁴⁸ Dicha cualidad hace que, a la postre, se dificulte todo lo relacionado con tomar parte en instancias que como el diálogo presuponen la existencia de horizontes compartidos.

En consecuencia, los movimientos estudiantiles pueden conseguir que se visibilice un problema que hasta entonces no estaba siendo entendido como tal, pero no pueden imponer los términos que permitirían evitarlo o resolverlo. Con otras palabras, lo que un movimiento estudiantil puede lograr es poner en evidencia que la sociedad tiene un problema en el campo educacional/universitario y que existen diferentes visiones para abordarlo, y no solo una, como defienden quienes se oponen al movimiento.⁴⁹ He ahí, entonces, la vara a partir de la cual ellos deben juzgarse.

Conclusiones

¿Qué son los movimientos estudiantiles? ¿Por qué surgen? ¿Cuándo? Estas han sido las grandes preguntas exploradas en este artículo. Interrogantes que ni la

47. Maria Ribeiro do Valle, *1968 o diálogo é a violência* (Campinas: Editora Unicamp, 2010) 289–290.

48. Interpretación basada, entre otras fuentes, en Tarrow 45.

49. Evaluación construida con base en textos como Almeida 125 y Melucci 104.

experiencia directa en un movimiento estudiantil, ni las valiosas contribuciones provenientes de las disciplinas que los han estudiado, habían permitido encarar sistemáticamente. Gracias a un acercamiento inductivo, de cariz sociohistórico, se ha construido un modelo de interpretación que bosqueja estas respuestas.

En cuanto a la primera pregunta, es posible responder que se trata del conjunto de protestas que el estudiantado universitario despliega, junto a una parte de los sectores medios de la población, y gracias al denso entramado organizacional a partir del cual emergen sus dirigencias, para visibilizar conflictos que hasta entonces no habían sido encarados o no habían sido enfrentados satisfactoriamente. ¿Por qué surgen estos movimientos? Porque las dificultades, constricciones o tensiones que trae consigo la creciente incorporación a la universidad de estudiantes pertenecientes a sectores comparativamente más pobres, es decir, la “popularización” de la matrícula universitaria, conllevó problemas mensurables asociados a carencias en el apoyo requerido por el estudiantado con mayores necesidades, así como inconvenientes no mensurables asociados a desencuentros entre diferentes visiones respecto al papel que debe tener la universidad en la resolución de los principales problemas que aquejan a la sociedad. ¿Cuándo surgen? Cuando la universidad empieza a dejar de ser un reducto exclusivo de las élites, como lo era en la sociedad colonial, para pasar a ser una universidad con presencia creciente de los sectores medios y populares, es decir, cuando comienza a configurarse la sociedad contemporánea. ¿Cuándo fue, más puntualmente? Desde fines del siglo XIX, para el caso latinoamericano.

Las coordenadas expuestas permiten prever que los movimientos estudiantiles seguirán existiendo conforme la industrialización, la urbanización y la secularización continúen dando su sello a las sociedades latinoamericanas y, junto con ellas, continúen acumulándose las tensiones tanto materiales como simbólicas asociadas a la “popularización” de la matrícula universitaria. En otras palabras, mientras sigan ingresando estudiantes con una condición socioeconómica más desmedrada a una universidad con permanentes aprietos financieros, seguirán existiendo conflictos capaces de traducirse en grandes movimientos sociales. No obstante, aunque el modelo permite afirmar que los movimientos estudiantiles se mantendrán en el tiempo, no puede predecir dónde o cuándo estallará el próximo. Esto, porque los movimientos sociales no solo se tratan de procesos, razones o inferencias, sino que hay un cúmulo de elementos coyunturales que se conjugan para detonar cualquier fenómeno de esta envergadura. El modelo sí permite, y esto es lo trascendente, identificar los problemas de fondo presentes en los movimientos estudiantiles y, por lo mismo, sí autoriza a pensar estrategias para enfrentarlos más asertivamente. Este es un aspecto relevante, porque, aun cuando tener claridad sobre los problemas enfrentados no es lo mismo que resolverlos, sí es una condición imprescindible para lograrlo.

En América Latina, conforme enseña el razonamiento expuesto, los grandes movimientos estudiantiles seguirán sucediendo y probablemente continuarán entrapándose en “diálogos de sordos” con sus antagonistas. ¿Qué hacer? Antes

que apostar a resolver los desafíos vinculados a viabilizar el diálogo —una tarea encomiable pero que rebasa las posibilidades de este modelo—, lo que se propone es intentar impedir futuros movimientos estudiantiles por la vía de atender, oportuna y eficazmente, las tensiones tanto materiales como simbólicas que se van acumulando en las universidades. Si se lograra, efectivamente, los movimientos estudiantiles no tendrían razón de ser. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo conseguir que los movimientos estudiantiles pasen a ser cosa del pasado? Renate Marsiske, una de las sociólogas que más aportes ha hecho desde la historia a la comprensión de los movimientos estudiantiles latinoamericanos, propone que se debe tomar en serio la tarea de conocer las necesidades del estudiantado y, al mismo tiempo, incorporarlo en los procesos de toma de decisiones que perfilan el rumbo de la universidad.⁵⁰ Lo primero porque favorece la identificación de las urgencias concretas que enfrenta el estudiantado en su día a día dentro de las casas de estudios superiores, esa dimensión institucional de los problemas que están en el trasfondo de los movimientos, y lo segundo, porque promueve su involucramiento en los esfuerzos permanentes que se deben emprender para pensar cómo la universidad puede contribuir de mejor manera al bien común de la población, esa dimensión social. ¿Es posible hacer esto? Es posible. ¿Es fácil? Probablemente nadie estaría de acuerdo en afirmar que es fácil.

Desde los inicios de la época contemporánea de América Latina, los movimientos estudiantiles han denunciado algunos problemas de fondo que afectan a la universidad, en particular, y a la sociedad, en general, y todo lleva a pensar que este fenómeno seguirá existiendo por muchos años más. La invitación, por tanto, es a redoblar los esfuerzos para comprender las causas profundas del descontento estudiantil. Las respuestas siempre serán, como advierte Alberto Melucci, o insuficientes o provisorias,⁵¹ pero esto no debe impedir que se persevere en la tarea de pensar a los movimientos estudiantiles desde la historia. El modelo presentado en estas páginas, precisamente, apunta en esa dirección.

Fuentes

Internet

www.clarin.com

www.gaceta.unam.mx

Bibliografía

Acevedo Tarazona, Álvaro y Gabriel Samacá. “El movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental”. *Histo-*

50. Marsiske en Donoso Romo, “A cien”, 55.

51. Melucci 92.

- ria y Memoria 3 (2011): 45-77.
- Allier-Montaño, Eugenia. “El movimiento estudiantil de 1968 en México”. *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968*. ed., Alberto del Castillo. México: Instituto Mora, 2012.
- Almeida, Paul. *Social Movements*. Oakland: University of California Press, 2019.
- Alonso, Angela. “As teorias dos movimentos sociais”. *Lua Nova* 76 (2009): 46-89.
- Altbach, Philip. “Perspectives on Student Political Activism”. *Comparative Education* 25.1 (1989): 97-110.
- Aranda, José. “El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales”. *Convergencia* 21.1 (2000): 225-250.
- Archila, Mauricio. “El movimiento estudiantil en Colombia”. *OSAL* 31 (2012): 71-104.
- Auth, José y Joannon, Federico. “El movimiento estudiantil”. *El movimiento estudiantil*. Eds. Manuel Garretón y José Martínez. Santiago: Ediciones Sur, 2015.
- Bidegain, Germán y Von Bülow, Marisa. “Student Movements in Latin America”. *The Oxford Handbook of the Sociology of Latin America*. eds. Xochitl Bada y Liliana Rivera-Sánchez. Oxford: Oxford University Press, 2020.
- Braginski, Ricardo. “A un siglo de la Reforma Universitaria de 1918”. *Clarín*, 13 de junio de 2018.
- Bringel, Breno. “O futuro anterior: continuidades e rupturas nos movimentos estudantis do Brasil”. *ECCOS* 11.1 (2009): 97-121.
- Bringel, Breno y Domingues, José Maurício. “Teoría Social, extroversión y autonomía”. *Prácticas de Oficio* 19 (2017): 23-36.
- Brunner, José Joaquín. “Medio siglo de transformaciones de la educación superior chilena”. *La educación superior en Chile*. Ed. Andrés Bernasconi. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2015.
- Brunner, José Joaquín. *Universidad y sociedad en América Latina*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2007.
- Buchbinder, Pablo. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.
- Buchbinder, Pablo. *¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008.
- Calderón, Fernando. *La construcción social de los derechos y la cuestión del desarrollo*. Buenos Aires: CLACSO, 2017.
- Calhoun, Craig. *The Roots of Radicalism: Tradition, the Public Sphere, and Early Nineteenth-Century Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press, 2012.
- Cejudo, Denisse. “Para analizar los movimientos estudiantiles”. *Conjeturas Sociológicas* 20.2 (2019): 134-153.
- Cini, Lorenzo y otros. “Student Movements in Late Neoliberalism”. *Student Movements in Late Neoliberalism*. eds. Lorenzo Cini y otros. Cham: Palgrave Macmillan, 2021.

- Cunha, Luiz Antônio. *A universidade reformada: o golpe de 1964 e a modernização do ensino superior*. Rio de Janeiro: Francisco Alves Editora, 1988.
- Davis, Diane. "The Power of Distance: Re-theorizing Social Movements in Latin America". *Theory and Society* 28.4 (1999): 585-638.
- Della Porta, Donatella y Mario Diani. *Los movimientos sociales*. Madrid: Universidad Complutense, 2015.
- Dip, Nicolás. *Movimientos estudiantiles en América Latina: interrogantes para su historia, presente y futuro*. Buenos Aires: CLACSO/IEC-CONADU, 2023.
- Disi Pavlic, Rodolfo. "Sentenced to Debt: Explaining Student Mobilization in Chile". *Latin American Research Review* 53.3 (2018): 448-465.
- Donoso Romo, Andrés. "La mirada social presente en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: ensayo de aproximación sociohistórica". *Ayer: Revista de Historia Contemporánea* 129.1 (2023): 327-342.
- Donoso Romo, Andrés. "Movimientos estudiantiles en América Latina: bases para una aproximación sociohistórica". *Perfiles Latinoamericanos* 60.30 (2022): 1-21.
- Donoso Romo, Andrés. *Education in Revolutionary Struggles*. New York: Routledge, 2021.
- Donoso Romo, Andrés. "Movimientos estudiantiles en América Latina (1918-2011): aproximación historiográfica a sus rasgos compartidos". *Revista Brasileira de História* 40.83 (2020): 235-258.
- Donoso Romo, Andrés. "A cien años del movimiento estudiantil argentino de 1918: conversación con Renate Marsiske" *Revista Faro* 28.2 (2018): 47-66.
- Edelman Boren, Mark. *Student Resistance: A History of the Unruly Subject*. Nueva York: Routledge, 2001.
- Espinoza, Óscar y González, Luís Eduardo. "La educación superior en Chile y la compleja transición desde el régimen de autofinanciamiento hacia el régimen de gratuidad". *Revista Latinoamericana de Educación Comparada* 7.10 (2016): 35-51.
- Fernández Retamar, Roberto. *Pensamiento de Nuestra América*. Buenos Aires: CLACSO, 2006.
- Funes, Patricia. *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*. México: El Colegio de México, 2014.
- García de Fanelli, Ana. *Panorama de la educación superior en Iberoamérica*. Red índices/OEI, 2018.
- Gil, Jungyun y DeFronzo, James. "A Comparative Framework for the Analysis of International Student Movements". *Social Movement Studies* 8.3 (2009): 203-224.
- Gohn, Maria da Glória. "Sociologia dos movimentos sociais". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 36.1 (2011): 199-227.
- González, Enrique. *El poder de las letras: por una historia social de las universidades de la América hispana en el periodo colonial*. Puebla: BUAP, 2017.

- González Casanova, Pablo. *Imperialismo y liberación: una introducción a la historia contemporánea de América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1985.
- González Vaillant, Gabriela y Schwartz, Michael. "Student Movement and the Power of Disruption". *Partecipazione e Conflitto* 12.1 (2019): 112-141.
- Graciano, Osvaldo. *Entre la torre de marfil y el compromiso político: intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*. Bernal: Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2008.
- Grosso, Luís Antonio. *Uma onda mundial de revoltas*. Piracicaba: Editora Unimep, 2005.
- Jasper, James. *Protest: A Cultural Introduction to Social Movements*. Cambridge: Polity Press, 2014.
- Langland, Victoria. *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*. Durham: Duke University Press, 2013.
- Mariátegui, José Carlos. "La universidad en el Perú". En *La Reforma Universitaria. Tomo II: propagación americana*, ed. Gabriel Del Mazo. Lima: UNMSM, 1968.
- Markarian, Vania. *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2012.
- Marsiske, Renate. "Antecedentes del movimiento estudiantil de 1929 en la Universidad de México". *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina III*. Ed. Renate Marsiske. Ciudad de México: CESU/UNAM, 2006.
- Marsiske, Renate. "Presentación". *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina I*. Ed. Renate Marsiske. Ciudad de México: CESU/UNAM, 1999.
- Marsiske, Renate. "Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1900-1930)". *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina I*. Ed. Renate Marsiske. Ciudad de México: CESU/UNAM, 1999.
- Marsiske, Renate. *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México, 1918-1929*. Ciudad de México: CESU/UNAM, 1989.
- Mella, Julio Antonio. "¿Puede ser un hecho la reforma universitaria?" *La reforma universitaria*. Eds. Emir Sader, Pablo Gentili y Hugo Aboites. Buenos Aires: CLACSO, 2008.
- Melucci, Alberto. *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Ciudad de México: El Colegio de México, 1999.
- Millán, Mariano y Califa, Juan Sebastián. "Las luchas estudiantiles en Tucumán entre dos golpes de Estado, 1966-1976". *Quinto Sol* 25.1 (2021): 1-24.
- Motta, Rodrigo. *As universidades e o regime militar*. Rio de Janeiro: Zahar, 2014.
- Ordorika, Imanol. "Student Movements and Politics in Latin America". *Higher Education* 83 (2022): 297-315.

- Palacios-Valladares, Indira. Southern Cone Student Movements and Capitalist Development in the Late 1800s and Early 1900s. *Esboços* 29.51 (2022): 210-231.
- Pleyers, Geoffrey. *Movimientos sociales en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO, 2018.
- Portantiero, Juan Carlos. *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la reforma universitaria (1918-1930)*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1978.
- Ribeiro do Valle, Maria. *1968 o diálogo é a violência*. Campinas: Editora Unicamp, 2010.
- Rivas Ontiveros, José René. *La izquierda estudiantil en la UNAM: organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*. Ciudad de México: Editorial Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2007.
- Romanelli, Otaíza de Oliveira. *História da educação no Brasil (1930-1973)*. Petrópolis: Vozes, 1985.
- Salazar, José y Peodair Leihy. “El largo viaje: los esquemas de coordinación de la educación superior chilena en perspectiva”. *Archivos Analíticos de Políticas Públicas* 25.4 (2017): 1-26.
- Sandoval, Juan. “El repertorio de acción política en el ciclo de movilizaciones estudiantiles chilenas”. *Revista de Estudios Sociales* 72 (2020): 86-98.
- Skidmore, Thomas y Smith, Peter. *Historia contemporánea de América Latina*. Barcelona: Crítica, 1996 [1984].
- Sposito, Marília Pontes. *A ilusão fecunda*. San Pablo: Editora Hucitec, 2010.
- Tarrow, Sidney. *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Tilly, Charles y Tarrow, Sidney. *Contentious Politics*. New York: Oxford University Press, 2015.
- Tilly, Charles y Wood, Lesley. *Los movimientos sociales 1768-2008: desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Editorial Crítica, 2010.
- Toro Blanco, Pablo. “Social Movements and Pedagogical Renewal in the Twentieth Century”. *Espacio, Tiempo y Educación* 8.2 (2021): 1-4
- Tuirán, Rodolfo y Quintanilla, Susana. *90 años de educación en México*. Ciudad de México: FCE/SEP, 2012.
- Von Bülow, Marisa. “The Survival of Leaders and Organizations in the Digital Age”. *Mobilization* 23.1 (2018): 45-64.